

ROSARIO CASTELLANOS, CRÍTICA DE LA VIOLENCIA.
UNA APROXIMACIÓNLucía Melgar
Universidad Nacional Autónoma de México

Maestra de la palabra, Rosario Castellanos supo, a través de su poesía, narrativa y ensayos, cuestionar, resquebrajar, la doble moral que mantenía a las mujeres encorsetadas en normas sociales restrictivas y clasificaciones denigrantes, y denunciar el racismo que ha condenado a las poblaciones originarias del país a la miseria, cuando no a la desaparición. En *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas* recreó el mundo heterogéneo de Chiapas, donde, desde hace siglos, blancos, mestizos e indígenas han convivido en la desigualdad, la injusticia y la violencia; dio voz y figura, ideas y aspiraciones a personajes indígenas complejos y a un conjunto diverso de mujeres, todas oprimidas ciertamente, pero no por ello homogéneas ni ajenas a la dinámica de la dominación.

La complejidad de la visión de Castellanos y de sus representaciones literarias es lo que pone en crisis clasificaciones generales como “feminismo” o “indigenismo” y lo que nos incita a releer sus textos, para descubrir en ellos una faceta más de su pensamiento, un hilo antes desapercibido en su tejido textual.

La vigencia de Castellanos se debe a la lucidez y el valor con que se acerca y nos acerca al mundo de las mujeres y al mundo indígena, a la viveza y lirismo de su prosa, a la ironía que atraviesa su escritura. La actualizan también la persistencia de numerosos falsos espejos que deforman la imagen y la vida de las mujeres, y la ausencia de diálogo

abierto y amplio entre indígenas y mestizos, que, como ella misma señalara, sólo se da entre quienes se tratan como iguales y son libres.

Escritora atenta y sensible a los usos de la palabra, a los ecos, sentidos, y matices del lenguaje, Castellanos conoce su poder como instrumento de creación y, también, como instrumento social de opresión y dominación. Su literatura es crítica en cuanto denuncia la injusticia y la desigualdad, y en tanto expone y desconstruye ámbitos lingüísticos donde la palabra se usa más para encubrir que para explicar; para atacar, no para entender; para mantener las jerarquías, no para minarlas; donde los intentos de re-significar la palabra y el mundo fracasan, donde el diálogo es imposible.

Propongo leer aquí a Castellanos como crítica de la violencia y centrarme en las relaciones entre lenguaje y violencia que expone en sus novelas y algunos otros textos, no sólo porque, desde mi perspectiva, la persistencia de usos autoritarios del lenguaje y la ubicuidad de la violencia en nuestros días incitan a reflexionar sobre el tema a través de quienes lo pensaron antes, sino también porque considero que la crítica de la violencia es uno de los rasgos más significativos de la obra de esta autora. Con esto no me refiero simplemente al valor de la denuncia sino, sobre todo, a la complejidad de la representación.

Narradora de un mundo conflictivo, Castellanos capta y plasma en su prosa la dinámica destructiva de la violencia, su efecto enajenante y su falso halo heroico, su enraizamiento en el afán de poder y en la desesperación, sus conexiones con el acallamiento. Violencia que no es sólo muerte, violación o incendio, sino también estigmatización, ninguneo, invisibilidad, porque, como en Rulfo y en Garro, en la obra de Castellanos la violencia está también inscrita en el lenguaje. Observadora de su tiempo, de un ámbito político en que el lenguaje autoritario y la represión ocuparon el centro mismo de la capital del país, Castellanos supo en su momento usar la palabra poética, crítica, contra la violencia, denunciar directamente los abusos del lenguaje y del poder. De ahí que, más que en

otros casos, el tema de la violencia pueda leerse como hilo que conecta distintas facetas de su obra y de su actividad como escritora e intelectual pública.

Aquí, me ocuparé primero de *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas*, en particular, para destacar las principales conexiones entre violencia y lenguaje que atraviesan estos textos. Castellanos tiene clara consciencia del potencial destructivo del lenguaje, pero también de su poder crítico, creativo. El concepto y uso de la palabra en estas novelas es complejo: no sólo hay multitud de registros y cierta hibridez derivada del mundo que se representa, la palabra misma está cargada de significados porque es una palabra social, donde se han sedimentado la historia y las cosmovisiones encontradas de los hablantes, y porque está estrechamente vinculada al silencio, su contraparte y complemento, también polisémico. En este ámbito discursivo en cierto modo sobrecargado de significados, la violencia es a la vez parte del lenguaje, su producto, y su opuesto, lo que estalla cuando la palabra no permite el diálogo, cuando sólo oculta y deforma. No obstante, tanto en estas novelas como en el poema “Memorial de Tlatelolco” y en sus artículos relativos a la represión del 68, la escritora afirma su confianza en la palabra como diálogo, voz de la memoria, revelación. En este sentido, su propia escritura, en sus varios registros, puede verse como una prueba viva, en acción, de esa certeza.

EL LENGUAJE DE LA DOMINACIÓN

La violencia contra mujeres e indígenas es sin duda central en la obra de Castellanos. El clima de opresión en que ambos grupos viven conlleva marginación, ninguneo, denigración. La mujer, el indígena, son el “otro” al que no se quiere escuchar, al que se imponen normas justificadas en la tradición o en la conquista. A diferencia de Paz, Castellanos no atribuye a

la mujer una rajadura inherente ni al indio un silencio esencial.¹ Las desgarraduras, el mutismo, el balbuceo se derivan de una circunstancia de subalternidad, de la primacía de un lenguaje que impone jerarquías, sellos, órdenes, de un uso del lenguaje que encasilla a dominantes y dominados en mundos ajenos cuyos límites ninguno ha de transgredir.

En “El lenguaje como instrumento de dominio” y en “El idioma en San Cristobal”, la ensayista rastrea algunas huellas aún vivas de la conquista: la persistencia y los usos del voseo, la imposición del castellano, el uso monológico de éste por los blancos, y su retórica excesiva. Rasgos de un uso excluyente de la palabra, éstas y otras marcas moldean la realidad, corresponden y dan forma al mismo tiempo a un ámbito fragmentado, a un espacio trazado y cruzado por prejuicios racistas y clasistas.

En otros ensayos y en poemas sobre todo, cruces semejantes separan a hombres y mujeres. Palabras como “soltera”, “casada”, “señora”, llevan, sin que sea preciso explicitarlo, una carga de valores y normas opresivas, semejante —aunque no igual— a la que aplasta al “indio”, y más a la “india”, en la sumisión, la indignidad o la invisibilidad.

Si en sus ensayos Castellanos explicita la función opresiva del lenguaje, la reproduce y mina en diversos poemas (“Kinsey Report”, entre otros), en su narrativa la pone en movimiento. En *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas*, por ejemplo, el uso del español por parte de los indígenas implica la transgresión de las normas, de las jerarquías. Aprender español, por tanto, es un acto de liberación, un paso hacia la igualdad. Aun cuando los esfuerzos de Felipe o de Pedro Winiktón fracasen, ese aprendizaje les permite darle nombre, en el lenguaje dominante, a sus aspiraciones. En *Balún Canán*, por ejemplo, Felipe puede entender las palabras de un Presidente que por fin se dirige a otros como él. Su confianza en esas palabras lo llevará a insistir en que se cumpla la ley y le dará el valor para

¹ Me refiero, desde luego, a las afirmaciones de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*.

dirigirse al patrón en su idioma (BC 99, 103, 107). *Justicia* es la palabra que sintetiza el deseo de cambiar la propia condición social, de modificar el sentido y peso de vocablos como “patrón” e “indio”, que no designan simplemente una posición de sujeto sino que conllevan, imponen, una identidad social inmutable e inescapable. En el discurso de la dominación, palabras como éstas encierran una red de significados tal que pueden leerse como metonimias de cosmovisiones opuestas, como metáforas de maneras distintas de concebir y vivir el mundo.

Así, por ejemplo, en el encuentro entre Cifuentes y Ulloa en la finca de aquél, la contraposición de “patrón” e “indio” sintetiza la lucha a muerte entre quien desea preservar un mundo de privilegios y quien rechaza la perpetuación de la abyección:

“Ser patrón” —piensa Cifuentes— implica una raza, una lengua, una historia, que los coletos [poseen] y que los indios no [son] capaces de improvisar ni de adquirir”. Reflexión a la que sigue una serie de equivalencias: “Patrón: el que sostiene una casa en Ciudad Real, con la esposa legítima y los hijos [...] el que instala una querida en el pueblo y otra en el rancho [...] el que arriesga la fortuna en una aventura política, en una asonada militar”. Ulloa, por su parte, imagina lo que dejará de ser el indio cuando tenga la tierra:

“ya no andará como ahora siempre pegado a la pared, como buscando protección en ella, no se deslizará lo mismo que un animal furtivo, temeroso de la reprimenda, de la orden que jamás acierta a interpretar, de la pregunta para la que no tiene más que respuestas inadecuadas y balbucientes [...]. Ya no será un delito dirigirse al patrón como a cualquier hombre” (OT 150).

El silencio, la enunciación fragmentada de los indígenas ante los *caxlanes* es el signo más claro de la opresión. Al indio, al Otro, se le niega la posibilidad de hablar porque se da por hecho su incapacidad de decir, de pensar, y se rechaza de antemano el menor cuestionamiento a la obediencia absoluta. El acallamiento permite la animalización, la transformación del subalterno en un ser sin cara, sin humanidad, que puede

ser maltratado, golpeado, amarrado a un cepo, obligado a dejar morir de hambre a su propia hija, como le sucede a Teresa, la nana de *Idolina*, o al que incluso se le puede atribuir el gusto por el maltrato, como refiere César Argüello en *Balún Canán*, cuando explica que uno de sus antepasados prohibió los fuetazos que solían darse a los indios pues: “[...] notó que a los indios les gustaba que les pegaran y entonces no tenía caso” (BC 78).

LOS Matices DEL SILENCIO

La opresión provoca desigualdad y degradación, manifiestas tanto en las condiciones de vida como en las zonas de silencio que agujerean el ámbito social. Metáfora de la incomunicación, sin duda, pero también campo de múltiples significados, el silencio denota aceptación de la censura, incapacidad de decir; defensa, resguardo, huella del trauma, presagio de la violencia.

En *Oficio de Tinieblas*, más que en *Balún Canán*, el silencio está sobrecargado de sentido. El mutismo de Marcela tras la violación—descubrimiento de “la suprema abolición de su conciencia” (OT 27), trauma derivado del ultraje— es a la vez signo de lo incomprensible, de lo innombrable. De ahí la importancia de la frase que enuncia Catalina: “un caxlan abusó de ella” (OT 29), palabras que dan sentido y ponen un límite al dolor. En cambio, el silencio de Catalina ante Pedro, semejante al de Juana ante Felipe en la novela anterior, es muchas veces una estrategia defensiva para evitar el repudio.

El silencio de las mujeres ante la “ilol”, en contraste, expresa temor, admiración, aceptación de la superioridad de un ser en comunicación directa con lo sagrado. El mutismo profundo de ésta tras la destrucción de los ídolos, es signo de derrota, incapacidad de hablar (236); ante los jueces de Ciudad Real, silencio y balbuceos denotan la incapacidad de entender

“ni el sentido ni la intención de las preguntas” que corresponden a una lógica por completo ajena a la suya.

Antes de la ceremonia sacrificial en la iglesia de Chamula, lo que puede significar un compás de espera propicio a nuevos presagios, se va cargando de angustia. La “ilol” ha perdido su poder: los dioses no le hablan ni se manifiestan a través de ella y ya el silencio de su gente hacia ella ya no expresa admiración ni temor reverencial sino lástima o temor a la desgracia. Así, el silencio que antes podía serle propicio, se vuelve para Catalina “la boca hambrienta del abismo. Hay que aplacarla arrojando a su fondo lo que ha de saciar su hambre: una víctima” (OT 317). Producto de la locura o del exceso de lucidez, la entrega de la víctima, su nueva transformación en “intermediaria”, esta vez activa, le permite al fin liberarse: “Entregada, terrible, inocente, Catalina lanza un alarido. El silencio por fin se rompe” (OT 317). Al final, sin embargo, el sacrificio resulta vano: “Después de la consumación aplasta a la multitud un silencio como de plomo” (OT 324) que presagia el silencio de muerte que impondrá la “reconquista” ladina de Chamula y sus alrededores.

El mutismo de Idolina, por otra parte, es a la vez agresión y defensa, signo y campo del rencor de quien se acalla y paraliza para acallar y paralizar con ella a la madre odiada, de quien se petrifica para mejor protegerse y mejor atacar. Su recurso a las cartas anónimas es una forma de ejercer el don de la palabra sin reconocer la autoría, la responsabilidad. Del mismo modo que la enfermedad le ha servido para ocultar su odio y para manipular a su madre, su aislamiento le permite preservar una apariencia de marginalidad e impotencia total. Desde ese margen, Idolina recurre a las cartas anónimas —que dicen la verdad— en un intento de desenmascarar a su padrastro y enemigo, Cifuentes, quien, a su vez, ha recurrido también a la palabra para engañar, y a la palabra escrita para dar forma a su voluntad de poder e imponerla.

En ambas novelas, los silencios, aun los defensivos, son destructivos en cuanto la resistencia no encuentra vías hacia la comunicación. Más

que proteger, el silencio en este mundo tiende a destruir, a ahondar la soledad, la incompreensión.

EL ESTALLIDO DE LA VIOLENCIA

En este ámbito social y discursivo fragmentado, cruzado por murallas lingüísticas y abismos de silencio, la palabra pierde su función dialógica, entre hombres y mujeres, entre las mujeres mismas y sobre todo, entre indígenas y ladinos. La palabra se convierte en instrumento de manipulación, en invocación, engaño, rumor, chisme, en cincel de realidades ficticias, fundamentadas en cosmovisiones encontradas, construidas desde el afán de poder.

En *Balún Canán*, el afán manipulador de César y la ineptitud de su sobrino provocan el estallido de la ira contra quien explota y engaña. La palabra del maestro no enseña, no abre mundos, por el contrario, su desprecio e indiferencia cierran aún más las posibilidades del diálogo. El incendio del trapiche es una protesta obvia contra la explotación pero es también un rechazo contundente de las palabras engañosas de los *caxlanes*, efecto, además, de la fe en la palabra del gran Otro, del Presidente, en quien Felipe ha depositado toda su confianza (*BC* 195 y 103).

En *Oficio de Tinieblas*, el estallido de la violencia se representa de manera más compleja y detallada. Aquí no están en juego sólo poderes terrenales, se enfrentan dos cosmovisiones distintas, con lenguajes contrastantes, con fuerzas disparejas pero que abarcan ambas los poderes del cielo y de la tierra.

Así, en Chamula, cuando estalla el conflicto definitivo, se enfrentan por un lado, los representantes de una iglesia que ha impuesto el singular contra el plural, que usa la promesa del mundo celestial para mejor explotar en el mundo terrenal, que predica la obediencia en nombre de un dios alguna vez liberador, y, por otro, los miembros de una comunidad

sedienta de esperanza, que aún recuerda la derrota de sus dioses, guiados por la voz y la voluntad de una mujer estigmatizada que ha buscado y creado dioses. Más que piedras o presencias, en efecto, los dioses de Catalina son voces que se manifiestan en su voz y en su cuerpo.

En este choque de culturas, contra la evidencia de la derrota, la “ilol” instrumenta el sacrificio, opta por el singular, crea un solo dios, en que deposita su afán de liberación, la propia y la de su pueblo: “la salvación de todos” (OT 317). Más que “intermediaria”, creadora de un destino, Catalina Díaz Puiljá asume, en la crucifixión de Domingo, la lógica simbólica del lenguaje dominante: la simetría del ritual, la duplicación de los signos: cruz, agonía, muerte. Aunque en su dolor y silencio se asemeje al dios del conquistador, este dios falsamente indígena —puesto que es mestizo—, producto de la violencia, resulta a fin de cuentas tan impotente, tan sordo a las súplicas, tan inútil como aquél.

Cuando ni la palabra ni el lenguaje simbólico resultan eficaces, sólo queda el estallido de la violencia. Y ésta, atizada por la desesperación, por el rencor —tan importante como detonador en la narrativa de Castellanos—, por el incomprensible silencio e inmovilidad del enemigo, arrasa con el mundo, lo transforma en llano en llamas, en espacio fantasmal, en inmensidad de sombras. La narración de la violencia indígena en *Oficio de tinieblas* expresa con la misma fuerza que Rulfo (en el cuento al que he aludido) la destructividad de una dinámica que se retroalimenta por sí sola hasta perder sentido, hasta hacer perder el sentido a sus agentes: “hasta los más obtusos se daban cuenta de que ya no era posible retroceder, de que era necesario seguir adelante, aunque no contaran con el auxilio de la invulnerabilidad” (OT 330), certeza que los conduce a sembrar una violencia brutal en una “marcha delirante” (343). El límite de la violencia es la transgresión de su instrumentalidad, la exacerbación de su carácter destructivo.

En contraste con la detallada e intensa narración de incendios, asesinatos, violaciones que perpetran los indígenas (Cap. xxxiv), la

violencia con que se les da fin queda en una elipsis, en escuetas referencias a su magnitud y brutalidad. No se elude, no se borra, se sintetiza en sus consecuencias, en los campos sembrados de cadáveres, en los pueblos destruidos, en la restauración de un orden anterior, el de la conquista a sangre y fuego. Esta economía de medios no oculta la crueldad del “apaciguamiento” basado en la idea de que “El mejor indio [...] es el indio muerto” (340). En cierto modo, no es preciso contar los hechos porque por sabidos se callan, porque sus huellas remiten a una historia anterior, ya contada, ya repetida; porque la simetría del sacrificio ritual permite imaginar la simetría —aun exacerbada— de la operación militar.

En este caso, el hueco en la narración permite centrar la atención en otro instrumento de violencia: la construcción de una realidad falsa mediante el lenguaje. En los capítulos anteriores al estallido de la violencia en Chamula y sus alrededores, el rumor, el chisme, la retórica del miedo y la invocación de una palabra cargada de imágenes sangrientas, “saqueo”, van cercando, invadiendo y amurallando a los habitantes de Ciudad Real. El silencio de los coletos, ilegible para los indígenas, es un velo que oculta la edificación de un mito, la actualización de un terror enraizado en el pasado. Lo mismo que sabe el peso de la palabra “patrón” y se niega a re-significar la palabra “indio”, Cifuentes conoce la fuerza de la palabra “saqueo” y la va potenciando a su favor.

En los capítulos finales, Castellanos expone magistralmente la dinámica y los dobleces del lenguaje de y para la dominación. Aunque sabe que los indios no se acercarán a la ciudad, Cifuentes actúa como si el peligro fuera inminente. Para dar forma a su afán de poder y control, recurre a la escritura de unas ordenanzas militares con las que pretende convertir a la población en un ejército mortífero. La reconquista siembra la muerte alrededor de la ciudad, pero lo que, en el texto, anuncia la catástrofe, lo que, en Ciudad Real, crea las condiciones para la destrucción de personas, campos y comunidades, es la fabricación del terror. Lo que encumbra a Cifuentes es la ficción del saqueo, su liderazgo en este

simulacro. Farsa feroz que culmina con el pacto político entre el gobernador y el nuevo caudillo, hacia el final de la novela.

La polisemia y manipulación de la palabra en la restauración y aceptación de la “pacificación” son cruciales. En su diálogo con el Gobernador, Cifuentes disfraza los hechos a sabiendas de que aquel habrá de aceptar su versión porque, a fin de cuentas, ambos interpretan “orden” y “paz” del mismo modo. La pluma crítica de la autora implícita da la puntilla a cualquier esperanza de cambio: “todo se concilia cuando se persiguen metas comunes: la justicia, el orden, la paz” (OT 355), dice el cura Balcárcel.

Si con este pacto se consuma la derrota de las aspiraciones de Pedro Winikton y los anhelos de Ulloa, y se vacía el sentido de “justicia” que guiaba sus actos, la escena en que los chamulas derrotados atesoran un “libro sagrado”, arrancado a los *caxlanes* o abandonado por éstos, apunta a una derrota más terrible aún, a la derrota, o al menos tergiversación, de una cultura. En un último paralelismo entre las dos cosmovisiones ancestralmente opuestas, los indígenas parecen consolarse con la posesión y adoración de un texto, quizá infiltrado entre ellos por los descendientes de los *caxlanes* que antes les legaran la Biblia (o cuando menos sus ideas).

La transformación de las *Ordenanzas Militares* de Cifuentes de un simulacro de orden bélico a un simulacro religioso-político sintetiza la honda y definitiva derrota del mundo chamula. Contra las esperanzas de cambio de sus líderes indígenas o amestizados, una nueva Palabra ladina llega a engañar a los ya derrotados, victimizándolos doblemente. Las Ordenanzas que, de haberse aplicado puntualmente habrían llevado al exterminio de los indígenas, substituyen ahora los dioses de Catalina: “Son unas cuantas páginas. Unas cuantas páginas y sin embargo el puente entre lo divino y la humanidad” (OT 364) y como tales las veneran los vencidos. La paradoja, sin duda, es brutal.

La reinterpretación de la historia de la “ilol” y su “hijo de piedra” que narra la nana Teresa, al final de la novela, recalca el sentimiento de

derrota y agudiza la impresión de catástrofe. Los indígenas han sido diezmados; veneran uno de los instrumentos de su perdición, el falso Libro; la imagen de quien intentó —así fuera locamente— liberarlos, ha sido deformada, como si la “ilol” fuera la única responsable del desastre. La derrota, por tanto, parece definitiva.

Más allá de las particularidades de los ámbitos multiétnicos que Castellanos representa en *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas*,² su recreación de un mundo conflictivo, de una sociedad amurallada en el prejuicio, donde el lenguaje crea y actualiza la estigmatización, y justifica la opresión y la violencia, nos remite a nuestra propia realidad. Como Rulfo y Garro, Castellanos percibe, examina y expone los estrechos vínculos que anudan lenguaje y violencia, acallamiento y opresión, demagogia y dominación. En ellos más que en otros escritores de la época, se manifiestan a la vez una particular sensibilidad por el lenguaje, una capacidad excepcional para recrear y entrelazar voces diversas. Castellanos se distingue, además, por la fina ironía con que expone los dobleces del discurso oficial que transmuta los hechos en ficciones.

La crítica de la escritora a este discurso y a la violencia que suscita o que con él justifica, no se limita, como señalé al principio, al ámbito de la ficción. Poeta y periodista ligada a su tiempo, Castellanos supo en su momento alzar su voz contra lo que la indignaba. Aunque indígenas y mujeres fueron objeto principal de sus preocupaciones, cuando la represión estalló en el centro mismo del país, quien conocía a fondo la fuerza destructiva de la palabra engañosa aunada a la violencia, rechazó lo que en ese momento sería silencio cómplice y alzó su voz contra la represión, la mentira y el olvido. Aunque brevemente, quisiera referirme para terminar a algunos textos de Castellanos en torno al movimiento

² O en algunos de los cuentos de *Ciudad real* o *Los convidados de agosto*.

estudiantil del 68³ que, como se verá, continúan y complementan esta crítica de la violencia.

HASTA QUE LA JUSTICIA SE SIENTE ENTRE NOSOTROS

En “Memorial de Tlatelolco”, conocido poema escrito en protesta por la masacre del 2 de octubre de 1968, Castellanos apela a la memoria para impedir que la transformación de la plaza ensangrentada en un espacio en blanco, limpio de huellas del crimen, borre de la memoria lo sucedido. Enuncia también la manipulación de la realidad por el lenguaje oficial que falsifica los hechos. La memoria, insiste, es el receptáculo de la verdad; su preservación, la condición de posibilidad para alcanzar la justicia. Más aún, como sugieren los últimos versos, la poeta confía en el poder de la memoria, en su fuerza para re-actualizar el pasado y preservar en el presente la exigencia de justicia:

recuerda, recordemos
hasta que la justicia se siente entre nosotros.

Más que palimpsesto que registra las diversas versiones de los hechos, entonces, la memoria sería un mecanismo que permite discernir lo verdadero de lo falso, y desde el cual o mediante el cual, se mantiene vivo un pasado que otros, los creadores de la historia oficial, de la memoria falsa, pretenden ocultar, hundir en el olvido. En este sentido, la escritura de *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas* podría desde luego interpretarse como un acto de memoria.

³ Me referiré aquí a dos textos que primero encontré en el curso de una investigación sobre el 68 y que no fueron incluidos en la compilación de artículos periodísticos de Castellanos *El uso de la palabra*, tal vez por ocuparse precisamente de este asunto. Afortunadamente, gracias al trabajo de Andrea Reyes, ya podemos estudiar mejor el periodismo de Castellanos y sus posiciones como intelectual pública. Según Reyes (quien ha rescatado más de 500 artículos de Castellanos), la condición de la mujer y lo político-social son los dos temas más importantes en dicho corpus (comunicación personal, noviembre 2004).

“Memorial de Tlatelolco” no es el único texto sobre el 68 ni la primera mención de Castellanos al movimiento estudiantil. Antes y después, en artículos publicados en *Excélsior*, Castellanos se refirió tanto al uso de la fuerza como a la manipulación de los hechos y del lenguaje. “Marte en la Universidad” y “Carta a los reyes magos” son significativos porque sugieren una coherencia notable entre la obra de ficción y la periodística en cuanto a la crítica de la violencia, y por sus fechas de publicación: el primero, del 21 de septiembre de 1968, apareció a unos días de la ocupación de la Universidad Nacional por el ejército,⁴ el segundo, del primero de enero de 1969, cuando el movimiento estaba ya aplastado pero no había cesado la represión.

Desde el título, “Marte en la Universidad” centra la atención en un hecho paradójico e indignante. El subtítulo, “Ni Ditirambo ni Elegía”, remite a la posición de la autora y al tono del texto, crítico mas no incendiario. La autora no oculta su indignación pero tampoco se compromete del todo con el movimiento estudiantil. Como muchos de sus pares, Castellanos firmó desplegados contra la represión; con más valor que otros, usó esta vez su espacio para oponerse al uso de la fuerza.⁵ Entrelazando ironía y un tono coloquial, denuncia la intervención militar pero no se arriesga a ser censurada.

El artículo empieza con una afirmación incontrovertible: meses atrás nadie habría creído que el ejército ocuparía la Ciudad Universitaria. Para que ello se diera, explica la autora, fue preciso no sólo el bazucazo de San Ildefonso, que acabó con el carácter sagrado de los recintos, sino también una campaña de desprestigio contra la Universidad. Así, en los discursos oficiales y en los medios, la Universidad apareció antes como zona ocupada por “elementos extraños infiltrados quién sabe cómo en las aulas” que, se decía, desde ahí “impunemente atentaban contra la estabilidad

⁴ El 23 de septiembre, el ejército ocuparía también las instalaciones del Politécnico.

⁵ Antes, Castellanos había demostrado la coherencia de sus principios al renunciar a su cargo cuando el rector Chávez fue indignamente removido en 1966.

política del país, las convicciones religiosas del pueblo, la tradición histórica, la soberanía y otros valores igualmente venerables” (*Excélsior*, 21. IX.68, A, 7). Como es evidente para quien haya leído los periódicos de la época, la autora retoma, con un dejo irónico, las acusaciones exageradas que hicieran los políticos contra los estudiantes y sus maestros.

Castellanos atribuye a los sectores más reaccionarios del país esta campaña de desprestigio, a la que se aunaron el desagravio de la catedral, “oficialmente no profanada”, hechos sangrientos y el “lavado de cerebro” impuesto a los ciudadanos. Ve el éxito de esta campaña en el “aplauso” de la opinión pública a la presencia militar en la universidad. Imitando a los cortesanos del régimen, Castellanos se burla indirectamente de quienes equiparan orden y disciplina con uso de la fuerza y de quienes recurren al nombre sagrado de la Revolución con mayúscula para justificar sus acciones en contra del desorden, el caos y las imponderables “ideas exóticas”(A. 7).

La maestra universitaria no puede aplaudir la ocupación militar ni caer en la lamentación: “los míseros intelectuales no pueden permitirse más lujo que la lucidez”. En su caso, opta por dejar hablar por sí mismos “hechos escuetos”; no cuestiona el éxito de la operación, evidente por la desproporción de fuerzas, se pregunta en cambio por su utilidad y su móvil. Castellanos rechaza irónicamente la justificación oficial de la ocupación en nombre de la autonomía universitaria y cuestiona el sentido político de la intervención justo cuando se buscaba resolver el conflicto mediante el diálogo. Aquí Castellanos deja de lado la ironía y retoma una interpretación ya desarrollada en sus novelas: el uso de la fuerza no favorece el diálogo porque vencedores y vencidos no pueden dialogar. Además, cuando al vencido se le imponen órdenes, el rencor lo impulsará a buscar la revancha.

Castellanos reivindica el diálogo, que sólo se da “entre hombres libres” y en condiciones de igualdad, y se pregunta retóricamente si no

había diálogo posible, u otra solución. Esquivando la respuesta obvia, finge aceptar que no había opciones y plantea entonces la necesidad de cuestionar la validez del discurso que alude a la “revolución” y a la democracia cuando en la práctica se recurre a métodos “feudales, contraproducentes. “La represión”, afirma, “genera la subversión. Y todos anhelamos una paz que emane de la justicia, no de la violencia”. Así, aunque de manera indirecta y moderada, Castellanos condena dichos y hechos del gobierno y lo hace responsable de las consecuencias, de la violencia subsecuente que el uso de la fuerza puede provocar.

Como se sabe, poco después el gobierno recurrió de nuevo a la violencia (el 2 de octubre) y el surgimiento de guerrillas en la década siguiente se ha leído como una consecuencia de la cerrazón autoritaria. En todo caso, unos meses después de Tlatelolco, a principios del nuevo año, la universitaria retoma el tema en su “Carta a los reyes magos. El rumor vence a la verdad” (*Excélsior*, 1 de enero de 1969).

Entre burlas y veras (por dirigirse a estos personajes), Castellanos hace un breve recuento, falsamente ingenuo, de la transformación de un pleito de estudiantes en una crisis nacional. Su resumen deja entrever cierta admiración por las manifestaciones estudiantiles, siempre “impresionantes”, y cierta distancia frente al pliego petitorio, “un poco incongruente” (*Excélsior*, 1.I.69, A 6). Finalmente pide a los santos personajes una explicación: “¿Qué ha pasado aquí? ¿O es que aquí no ha pasado nada?”, y sigue con una serie de preguntas retóricas como: “¿Se puede llamar democrático a un régimen en cuya cúspide reina el misterio y en que la verdad es patrimonio de unos cuantos iniciados que cuando hablan es como por enigmas?” (A. 8), situación que impide la participación en la vida política. O ¿ Por qué “los oráculos que alardean de su conocimiento” respecto a los “promotores de la agitación” y sus planes “guardan el secreto” y dejan correr el rumor?

A quienes leen les toca, claro, responderse estas preguntas. La autora, siguiendo su juego, pide un diccionario para poder entender

“vocablos que todo el mundo usa hoy y nadie aclara”, tales como “enemigos de la patria, subversivos del orden”, etc., clara alusión a la manipulación demagógica del discurso. Como Garro en *Y Matarazo no llamó* o en *Los recuerdos del porvenir*, como ella misma en novelas y otros ensayos, Castellanos cuestiona la retórica oficial en sus rasgos más evidentes, su solemnidad, su recurso a frases hechas, su nacionalismo trasnochado y huero, su maniqueísmo.

He citado ampliamente estos artículos porque demuestran una coherencia entre la obra literaria y la posición pública de la autora, que, a mi parecer, su cargo de embajadora en Israel y su canonización desde el poder han opacado. Sus reflexiones en septiembre del 68 y enero del 69, cuando todavía se perseguía a maestros y estudiantes, son valientes, aun cuando su recurso a la ironía pueda leerse como medida de prudencia, aceptación implícita de límites, o mezcla de censura y autocensura.⁶

En gran medida, la crítica de Castellanos al lenguaje de la dominación y la violencia, expresada en sus novelas, en estos artículos y en poemas como “Memorial de Tlatelolco”, corresponde a su momento histórico. Al mismo tiempo, su capacidad de detectar e hilar en sus textos los vínculos estrechos entre el abuso de la palabra y los usos autoritarios del poder, le da a su obra un sentido más amplio, vigente hoy. Si como sugerí antes, la escritura de *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas* puede interpretarse como un “acto de memoria”, releer hoy estas novelas es recordar la historia de opresión de mujeres e indígenas, adentrarse nuevamente en los límites del lenguaje, en los silencios de la angustia y el dolor. El efecto de la rememoración, sin embargo, no queda en el pasado;

⁶ La posición de distintos intelectuales ante el movimiento de 1968 ha sido estudiada entre otros por Jorge Volpi. *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México: ERA, 1998). Xavier Rodríguez Ledesma presenta un estudio más amplio en *Escritores y poder, La dualidad republicana en México, 1968-1994*. (México: CONACULTA/UPN, 2001). Sin embargo, me parece que hacen falta todavía estudios más específicos, que consideren por ejemplo la actuación de éstos en el sexenio siguiente. En el caso de Castellanos, el haber representado a México bajo el gobierno de Echeverría, no afectó negativamente la valoración de su obra, mientras que en otros casos, el de Elena Garro por ejemplo, la actuación política sí influyó en la lectura y valoración de la obra.

en este caso nos conduce de nuevo al presente, a un tiempo y lugar en que indígenas y mujeres siguen siendo “Otros”, a los que se quisiera sin cara ni voz para mejor negarlos, porque, recordando a la poeta, la Justicia está aún muy lejos de nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- Castellanos, Rosario. *Balún Canán*. México: FCE, 1957.
- _____. *Oficio de Tinieblas*. México: FCE, 1962.
- _____. “Memorial de Tlatelolco”, en *Poesía no eres tú. Obra poética 1948-1971*. México: FCE, 1972: 287-288.
- _____. “Marte en la Universidad. Ni Ditirambo ni Elegía”. *Excélsior*. 21 de septiembre 1968. Sección A: 7-8.
- _____. “Carta a los Reyes Magos. El rumor vence a la verdad”. *Excélsior*. 1 de enero 1969. Sección A: 6 y 8.
- _____. “Notas al margen: el lenguaje como instrumento de dominio”, en *Mujer que sabe latín*, México, SEP/Setentas, 1979: 175-179.
- Reyes, Andrea. *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*. Vol. 1, México, CONACULTA, 2004.